

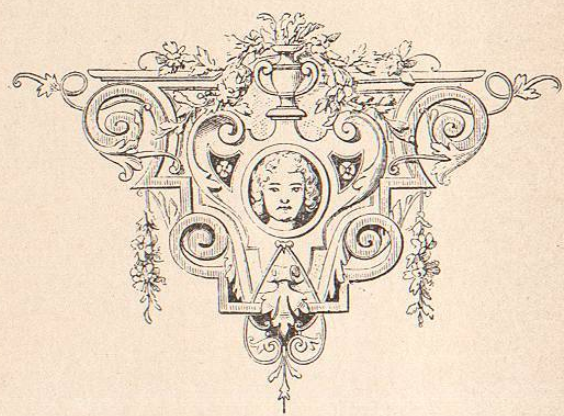
templo, llevando el joven en su mano izquierda el devocionario de la dama y enlazando ésta su brazo izquierdo con el derecho de su compañero, muellemente reclinada y posando con ademán cariñoso sobre aquel mismo brazo la mano que le quedaba libre. En su andar pausado y en su conversación, al parecer muy tierna, conocíanse desde luego, á dos recién casados en pleno disfrute de su luna de miel. Esto mismo se observa hoy y seguirá observándose mientras el mundo sea mundo y los que lo habitan den entrada en su corazón al amor. Podrá disminuir el período de esa luna, mas eclipsarse ésta, jamás.

La Misa de once en San Francisco era la que más gente atraía, por asistir á ella con frecuencia algún batallón de los que guarnecían la Capital, el cual entraba á la iglesia con paso mesurado, al compás del sonido del tambor, y ocupaba en debida formación el centro de la iglesia, en tanto que los gastadores se desprendían de la cabeza del cuerpo para ir á colocarse en el presbiterio, á uno y otro lado del altar. Durante la ceremonia, la música del Cuerpo hacía resonar en los ámbitos del templo sus bellas armonías, las que muchas veces se mezclaban con los alegres trinos del inquieto saltapared. En la elevación callaba aquélla, todos

los soldados hincaban una rodilla en tierra y rendían las armas, y los clarines y tambores batían marcha, cuyo regular y solemne ritmo producía, en tan solemnes momentos, un mágico efecto al unificarse con el pausado y argentino sonido de la campanilla y los trinos de la regocijada ave.

Los paseos á los alrededores de la Capital, como Tacubaya y San Angel, donde se comía bien y se jugaba á los bolos, se visitaba á las familias, se daban, por las tardes, frecuentemente *tamaladas* y se bailaba, ponían en movimiento los carruajes de alquiler, desde las primeras horas del día, en la hermosa Capital: omnibus, guayines y carretelas transportaban á mucha gente á los amenos lugares expresados, por dos reales el asiento, aumentando el movimiento los coches particulares y de número, así como los trenes del ferrocarril, cuando ya los hubo.

Todo lo que he manifestado puede dar una idea cabal de lo que era la ciudad de México por la mañana, allá por la sexta década del siglo XIX, pero falta dar á conocer algunas de las costumbres de la tarde y que, en realidad de verdad, han desaparecido del teatro de la Capital, ó pueden considerarse, en parte, como sombras de lo que fueron.



## XX

## TERTULIAS POR LAS TARDES.

Si pasabas, lector mío, por el Portal de Agustinos á poco de escuchar las campanadas que en las torres de los templos se dan á las tres de la tarde, en conmemoración de las agonías del Señor, podías ver al lado oriental del callejón de Bilbao la librería de Andrade, y en esa librería, en el espacio medianero entre las dos puertas del establecimiento y el mostrador, reunidos varios personajes que, por su posición en el mundo de las letras y su sabrosa plática, conviene dar á conocer, advirtiéndote que á tan

Sociedades de que era miembro, de buenos libros, mapas, instrumentos y colecciones de dibujo, de minerales, de monedas y medallas y al país en general, de apreciables obras y opúsculos diversos, debidos á su vasto talento, gran erudición y fecunda pluma. Era un hombre que á todos ayudaba y dirigía con sus consejos, y sólo tuvieron queja de él, los malos versificadores y literatos incorrectos á quienes con suma gracia, azotó de lo lindo por medio de su periódico *El Zurriago*, que por lema tenía: "El peine que más raspa es el me-



EL CONDE DE LA CORTINA Y DE CASTRO.

DON JOSE JOAQUIN PESADO.

DON JOSE BERNARDO COUTO.

agradable tertulia se adhería mi humilde persona, en horas de asueto del colegio, seducido por la fácil é instructiva palabra de aquellos sabios y por el cariño que me demostraban.

El CONDE DE LA CORTINA Y DE CASTRO, (á quien debí, siendo muy joven, mi ingreso á la Sociedad de Geografía y Estadística), excelente y correcto hablista, literato distinguido, de carácter jovial y desinteresado, rico que por favorecer, sin discreción, á todo el mundo, casi se quedó sin blanca. Espléndido por educación y por carácter, dotó á los establecimientos científicos y literarios de México, y á las

jor para quitar la caspa." Era delgado y de elevada estatura y correcto en el vestir; su fisonomía presentaba caracteres bien determinados: nariz aguileña, ojos de vivaz mirada, boca regular sombreada por un tupido y recordado bigote, frente despejada y el pelo, terminado en pequeños rizos y traído de atrás hacia la frente.

El Conde de la Cortina me estimulaba para proseguir mis incipientes trabajos geográficos, dándome útiles consejos, poniendo á mi disposición su rica biblioteca y obsequiándome con sus interesantes apuntes sobre la de-

terminación físico-geográfica de la ciudad de México y con las interesantes noticias inéditas, relativas á la *Línea divisoria entre la Nueva España y Guatemala*, datos que publiqué en mi primer Atlas y que me fueron de suma utilidad en mis trabajos ulteriores.

DON JOSÉ JOAQUÍN PESADO, el poeta elegantísimo y clásico, el apologista católico de un orden muy elevado, como se le llamó en España, siendo además, el tipo de la pulcritud y de la afabilidad estereotipada en su semblante por una ligera contracción de los labios, trasunto fiel de la sonrisa, la que armonizaba con su franca mirada y su ingenuo talento.

DON JOSÉ BERNARDO COUTO, lumbrera del foro mexicano, y cuidado que había ya entonces ilustres abogados. Grande inteligencia y afabilidad eran sus principales prendas, retratada aquélla en su expresiva fisonomía y representada ésta en sus modales. Su cabeza diminuta estaba en razón inversa de la densidad de su masa cerebral; siendo en él característico, el uso del pelo casi cortado sobre peine.

Al insigne poeta D. José Joaquín Pesado y al ilustre jurisconsulto D. Bernardo Couto, debí iguales consideraciones que las dispensadas por el Conde de la Cortina y si grandes fueron éstas, no menos grande ha sido mi gratitud.

DON ANDRÉS QUINTANA ROO, esclarecido, patriota, de noble figura, elegante escritor é insigne literato á quien, con gran pena manifestó que apenas conocí, pues desde mediados de Abril de 1851 había pagado el tributo á la naturaleza, año que también nos arrebató al no menos ilustre patriota é insigne poeta dramático DON MANUEL EDUARDO GOROSTIZA.

DON GREGORIO MIER Y TERÁN, el potentado que siempre tuvo abiertas sus arcas para atender oportunamente á las emergencias de la Administración pública. Respecto de sus rasgos característicos, sólo puedo decir lo que recuerdo: era un hombre corpulento, de noble fisonomía y nunca abandonaba su gran pañuelo de seda bajo del brazo. Acompañábase siempre un individuo que, más que su dependiente, era su pesquisidor de noticias como un *reportero* de estos tiempos, pues nunca el Sr. Don Gregorio se conformaba con presentarse en la reunión sin un arsenal de las que aquél á toda hora le proporcionaba.

DON MARIANO RIVA PALACIO, antiguo y probo Ministro de Hacienda y recto Gobernador del Estado de México, de trato amable y bondadoso, bellas cualidades que rayaban á veces en debilidad de carácter; su fisonomía, era atractiva, siendo los rasgos más prominentes de ella los siguientes: nariz aguileña, algo pronunciada á causa, tal vez, del ligero hundimiento de los carrillos, mirada inteligente, frente despejada y el pelo recogido sobre las sienes, á manera de caireles.

Así como á Don Gregorio Mier, veíasele siempre en la calle acompañado de un familiar dependiente, y usaba también grande pañuelo de seda, con la diferencia de no llevarlo como aquel señor, bajo del brazo, sino en la mano.

Otros personajes, de quienes sólo recuerdo algunos rasgos, por haberlos visto pocas veces en aquella amena tertulia, fueron:

DON ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDÓN, el probo é inteligente abogado, digno discípulo del Sr. Couto y del no menos ilustre jurisconsulto DON MANUEL DE LA PEÑA Y PEÑA. Era, además, un correcto escritor y apreciable poeta, el que más tarde había de enriquecer la literatura nacional con su estudio sobre Fray Luis de León, y de dar ejemplo, en época más reciente, de un valor civil extraordinario, cuando con motivo de la discusión del proyecto sobre la abdicación de Maximiliano, dirigió en la Asamblea al mismo Bazaine, General en Jefe del Ejército francés, las tremendas palabras con las que Paulo IV, en otros tiempos, increpó duramente al Duque de Guisa: *Idos: nada importa. Habéis hecho muy poco por vuestro Soberano; menos aún por la Iglesia; nada, absolutamente nada, por vuestra honra.*

EL CONDE DON JOSÉ MARÍA BASOCO, muy instruido, que conocía al dedillo los clásicos latinos, gramático profundo é intransigente con los que aporreaban la lengua castellana. Era de mediana estatura y de fisonomía agradable, á pesar de ciertos rasgos en que se retrataba la ironía.

A todos estos individuos, por mil títulos notables, hay que agregar la respetable personalidad de DON JOSÉ MARÍA ANDRADE, el infatigable bibliófilo, principalmente en lo que concernía á la historia de México, y el que no escaseaba libros á los estudiantes pobres.

Ocasión se me presenta carísimo lector, de explayarme un poco contigo.

De aquellos individuos tan honorables, los señores Cortina, Pesado y Couto fueron, por dicha mía, mis primeros y bondadosos amigos, quienes con sus consejos ofrecíanme un vasto campo para enderezar mis pasos hacia una posición holgada, por el hermoso y tranquilo sendero del trabajo honrado; mas desaparecidos de este mundo aquellos á cuya memoria, si pudiera, alzaría grandes monumentos, quedóme su enseñanza, mas no la posición que para mí deseaban, siendo sustituidos por otros amigos, así llamados, que por desgracia conocí, quienes levantaron en mi camino valladar de flores, pero valladar al fin, diciéndome: *de aquí no pasas*, obstáculo que en vano se esforzaron en ayudarme á destruir otros amigos, leales como los primeros, que solí encontrar en ese mi camino.

Estas vicisitudes de la vida hicieronme exclamar más de una vez:

¡Ah fortuna, fortuna! ¡has de encadenarme siempre al carro de tus caprichos!

.....  
Demos tregua al sentimiento y prosigamos la relación.

Allí, en esa librería, se comentaban los diarios sucesos, se emitía juicio, tanto sobre las obras europeas nuevamente recibidas, como sobre las publicadas en México, y se discutían diversos asuntos que se relacionaban con la historia, las bellas letras, las ciencias y las artes, para lo que nunca faltaban puntos propuestos, y en esas discusiones siempre resaltaban la erudición, la gracia y la oportunidad con que se traían á colación sátiras, anécdotas divertidas y hechos pasados de exacta aplicación, y aún en las mismas frivolidades que á veces no faltaban, según acontece en toda reunión de carácter puramente amistoso, se observaba la tendencia para dilucidar un punto dudoso, y la sal que tan sabrosa hacía la conversación, y tan cierto es esto, que voy á permitirme referir hechos, á que la demostración me obliga.

Dos de los concurrentes á la librería, discutían acerca del origen de una palabra malsonante, muy usada por la gente baja del pueblo.

—¿De dónde cree usted, señor Don Fulano, preguntaba uno, que proceda la palabra H, de que abusan nuestros léperos, sobre todo, cuando los ciega la ira?

—Evidentemente, señor Don Zutano, respondía el otro, viene del latín, y exponía sus razones.

No conformándose este último con tal opinión, expuso sus objeciones, continuando en tal virtud la discusión hasta que acertó á pasar frente por frente de la puerta de la librería el Sr. Don Andrés Quintana Roo, á quien después de devolverle el saludo que desde afuera á todos dirigía, uno de los contendientes le repitió desde el umbral de la puerta la susodicha pregunta:

—Diga usted, Sr. Don Andrés, ¿de dónde cree usted que proceda la palabra H?

—¡De la pulquería! contestó el Sr. Quintana y prosiguió imperturbable su camino.

Otra vez el Sr. Basoco, después de una gustosa plática, se despidió de los concurrentes y montó en un ómnibus que debía llevarlo no lejos de su casa. Era una tarde del mes de Mayo, en que la elevada temperatura ahogaba á la gente, sin que una ráfaga de viento la mitigase, y no bien había tomado el Sr. Basoco asiento en el vehículo, cuando subió á éste muy abochornada una señora gorda, conocida suya, la que después de saludarlo y darse aire en la cara con el pañuelo, le preguntó:

—¿Qué dice usted, señor, de la calor?

El Sr. Basoco alzó los ojos para mirarla y sólo le contestó:

—¡Que es masculino, señora!

Algunos atribuyen este hecho al Lic. Don Joaquín Cardoso.

El callejón de Bilbao existe aún en toda su longitud, pero de doble anchura, la cual se le dió al levantarse el edificio conocido con el nombre de "Centro Mercantil," que sustituyó al Portal de Agustinos.

\* \* \*

Si muy agradables eran, para mí, las tertulias de la librería de Andrade, no lo eran menos las que tenían lugar los sábados, por las tardes, en la habitación de D. Urbano Fonseca. Si en las primeras se discutían producciones literarias y artísticas, en las segundas

se dilucidaban asuntos de nuestra historia patria y se tocaban puntos que más interesaban á la instrucción pública, y si en aquellos el pretexto de las tertulias era aprovechar para el ánimo y la amistad, ratos de expansión, en las segundas era, con idéntico fin, el juego del billar. En estas reuniones, á la gravedad de los Sres. Don Urbano Fonseca, Don José Fernando Ramírez y Don Leopoldo Río de la Loza, se contraponía la jovialidad de Don Manuel Orozco y Berra, á quien nunca faltaban



DON LEOPOLDO RIO DE LA LOZA.



DON JOSE FERNANDO RAMIREZ.



DON MANUEL OROZCO Y BERRA.

cuentos y dichos, graciosos y oportunos que referir, ya para disculparse de una chambonada en los efectos de la carambola, ya para distraer á su contrario en una jugada y hacerlo incurrir en la misma falta.

Sin desatender las peripecias del juego mezclábanse á las pláticas festivas, serios razonamientos sobre puntos que á cada cual más interesaba. El Sr. Fonseca exponía sus proyectos para el establecimiento de una buena Escuela de Artes, Don Leopoldo, el descubridor del *ácido pipizaico*, drástico activo, llama-

mado en Europa *ácido riolócico*, nos hablaba de la composición y naturaleza de las aguas de los pozos artesianos en el Valle de México, y de aquellas que, por los acueductos de la Tlaxpana y de Belen, llegaban á la capital procedentes de los manantiales de la fértil cañada de Los Leones y del pintoresco parque de Chapultepec. Don Fernando Ramírez, nos comunicaba el resultado de sus investigaciones históricas, manifestando que el bautismo de Moctezuma II, hecho de que trata Muñoz Ca-

margo en su Historia de Tlaxcala, era una falsedad. Orozco y Berra nos hablaba de la Cosmogonía tolteca y de sus soles. En una de esas comunicativas reuniones, el señor Ramírez concibió la idea de formar para el Atlas de la República que, á la sazón, yo publicaba, el interesante *Cuadro* histórico geroglífico de la peregrinación de las tribus aztecas que poblaron el Valle de México y, por último Orozco y Berra inició allí la idea de formar la *Carta Etnográfica* de la República y la Geografía de las lenguas indígenas de México.



## XXI

## EL TIVOLI DE SAN COSME.

GRANDES son los apuros en que se encuentra el escritor que pretende describir un paraje de todos conocido, para quienes la realidad hace innecesaria la pintura, razón por la cual se ha apoderado de mi ánimo gran desaliento que me impide bosquejar, si quiera, un cuadro con algún sello de novedad, mas como ha de objetárseme que la pintura es indispensable para los de tierra adentro, como se les llama á mis paisanos de más allá de Tlalnepantla, y para los de tierra afuera, como llamo yo á nuestros parientes y prójimos de más allá de las fronteras y de los mares, acato la observación; pero adoptando un término medio, cual es de dar yo los elementos necesarios, para que mis lectores lejanos puedan dar forma á un pintoresco cuadro, según el poder de sus facultades imaginativas.

Los elementos que puedo proporcionar, venciendo en parte mi desmayo, son: un hermoso parque de fresnos seculares, en el ameno barrio de San Cosme; terreno compartido en prados y jardines; tortuosas callecillas acotadas por macetones con hermosos rosales y robustas hortensias, aque-

llos esparciendo sus perfumes, y éstas ostentando sus esféricos corimbos de colores pálidos, azul y rosa; musgosas colinas, estanques con ánsares que en el agua se deslizan; fuentes murmurantes; cenadores y kioscos en medio de los prados; el "Cenador de Robinsón," en



alto sostenido por dos corpulentos fresnos; una gran jaula de palomas viajeras; calandrias y gorriones que trinan sin cesar en la espesa fronda, y, por último, un cuadrumano que con sus piruetas en la cuerda tensa, divierte á los hombres y espanta á las señoras.

Con esos elementos y mediante la fraseología y tropos que adopte cada cual, según se lo permita su propio numen, obtendrá el deseado cuadro, digno del pincel de Velasco ó de la pluma de un Jorge Isaacs.

Hay que advertir que todo esto se refiere á una época pasada, pues destinado

hoy el ameno parque á un Colegio francés, ha sufrido algunas transformaciones.

El Tivoli de San Cosme era el lugar de los festines que organizaban el amor, la política y la amistad. El canto epitalámico que inspiraban dos corazones estrechamente unidos por